SERIE 2026

piebs



EL EVANGELIO INCONTENIBLE



Una Iglesia que arde
Copyright © 2026

Solicitud de información:
Primera Iglesia Evangélica bautista de Santiago
Compañía de Jesús 1730, Santiago de Chile

Creación y Redacción: Pr. Andrés Santibáñez O.
Diseño y Diagramación: Matías Campos J.
Desarrollo editorial de la Primera Iglesia Evangélica Bautista de Santiago.

Todas las citas bíblicas de esta versión, salvo indicación contraria, proceden de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® (NVI®). Copyright © 1973, 1978, 1984 por la Sociedad Bíblica Internacional.
Usado con autorización de Zondervan. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio (eléctrico, fotocopia mecánica, grabación o cualquier otro), salvo una breve cita en reseñas impresas, sin la autorización previa del editor y el autor.

www.piebs.cl



Predicaba el reino de Dios y enseñaba acerca del Señor Jesucristo sin impedimento y sin temor alguno.

Hechos 28:31 (NVI)

CAPÍTULO VIII

UN LIBRO SIN PUNTO FINAL



Los libros suelen terminar cuando la trama se resuelve. Hechos no. En los capítulos 25 al 28, Lucas lleva a Pablo por un tribunal, la sala de un rey, una tormenta, un naufragio, una víbora y una ciudad que nunca había pisado, y lo deja justo donde un lector impaciente no querría dejarlo: preso, en una casa alquilada, esperando ese "algo". No hay veredicto, ni liberación, ni martirio. La última frase del libro no habla de Pablo. Habla del evangelio, que avanza sin que nadie logre detenerlo.

El resumen anterior terminó en Cesarea, con un gobernador que sabía la verdad y la dejó retenido dos años. Ahora llega Festo y hereda el expediente del prisionero. Los dirigentes judíos le piden que traslade a Pablo a Jerusalén, y Lucas deja ver esa intención. Tenderle una emboscada en el camino (Hechos 25:2-3). Cambió el gobernador, pero no el plan. Festo propone juzgarlo allá, y Pablo responde con la jugada que cambia el mapa: apela al César (Hechos 25:9-12). Dice con serenidad que, si ha hecho algo digno de muerte, no se niega a morir. Eso lo dice quién sabe de quién es su vida. Y esa apelación legal abre, sin que nadie lo planee, el único camino por el que se cumplirá lo que Cristo le dijo en la celda: *"es necesario que lo des también en Roma".*

El rey Agripa y Berenice llegan de visita, y Festo, que no sabe qué escribirle al emperador sobre este preso, les cuenta el caso. Festo no es creyente, confiesa que no sabía cómo investigar esas cuestiones religiosas, y aun así resume el cristianismo con una exactitud sorprendente:
Más bien, tenían contra él algunas cuestiones tocantes a su propia religión y sobre un tal Jesús, ya muerto, que Pablo sostiene que está vivo. (Hechos 25:19).

Toda la fe en una frase. Un muerto que, según Pablo, está vivo. ¿De dónde la sacó Festo? No leyó una carta de Pablo ni escuchó un sermón suyo. Tuvo una audiencia, y vio a un hombre encadenado que no se defendía. ¿Lo logras ver? Antes de leer tu Biblia, la gente te lee a ti. Y Agripa, que tiene todo lo que Pablo no tiene, dice: *"A mí también me gustaría oír a ese hombre"* (Hechos 25:22).

Y Pablo habla. El capítulo 26 es la defensa menos defensiva del libro. Pablo cuenta su pasado de fariseo y confiesa su error: *"Pues bien, yo mismo estaba convencido de que debía hacer todo lo posible por combatir el nombre de Jesús de Nazaret."* (Hechos 26:9). Estaba convencido, era sincero y estaba equivocado. La sinceridad no es prueba de la verdad.

Luego viene Damasco. Cristo lo confronta, le revela quién es y lo envía. La voz dice: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ¡Solo te haces daño a ti mismo!" (Hechos 26:14). Cristo no destruye la historia religiosa de Pablo, la lleva a su verdadero centro. Y la conversión no termina en una experiencia para ser contada en una fogata, termina en un envío. Pablo lo resume así: *"Así que, rey Agripa, no fui desobediente a esa visión celestial".* (Hechos 26:19). La pregunta central para nosotros es, ¿quién gobierna tu vida desde entonces?

Festo interrumpe a gritos: "¡Estás loco, Pablo! —le gritó—. El mucho estudio te ha hecho perder la cabeza". (Hechos 26:24). Pablo contesta con cortesía: *"No estoy loco, excelentísimo Festo [...] Lo que digo es cierto y sensate"* (Hechos 26:25). Agripa queda a medio camino: «Un poco más y me convences de hacerme cristiano»

(Hechos 26:28). Pablo no consigue la conversión del rey, pero cumple lo que le correspondía, obedecer. La fidelidad se mide por la obediencia al mensaje recibido, no por los resultados. Y el encadenado expresa el deseo más extraño del libro: *"... pido a Dios que no solo usted, sino también todos los que me están escuchando hoy lleguen a ser como yo, aunque sin estas cadenas"* (Hechos 26:29). Agripa admite después que podría ser libre si no hubiera apelado al César (Hechos 26:32). Ironía completa: la apelación que lo retiene es la que lo lleva directo a Roma.

Pablo embarca hacia Italia custodiado por un centurión y advierte que el viaje será un desastre (Hechos 27:10). Pero nadie lo escucha: *"el centurión, en vez de hacerle caso, siguió el consejo del timonel y del dueño del barco".* (Hechos 27:11). Las cadenas parecen quitar autoridad. Llega la tormenta, y Lucas escribe: *"Como pasaron muchos días sin que aparecieran ni el sol ni las estrellas, y la tempestad seguía azotándonos, perdimos al fin toda esperanza de salvarnos".* (Hechos 27:20).

Y aparece el gran, pero de Dios. Pablo se pone de pie entre doscientas setenta y seis personas (Hechos 27:37) y dice: "Pero ahora los exhorto a cobrar ánimo, porque ninguno de ustedes perderá la vida; solo se perderá el barco" (Hechos 27:22). Un prisionero consolando a la tripulación. La razón es una visita nocturna: «No tengas miedo, Pablo. Tienes que comparecer ante el césar y Dios te ha concedido la vida de todos los que navegan contigo» (Hechos 27:24). Dios cuida de Pablo y también de quienes le rodean.

Después viene un gesto sin discurso. Pablo *"tomó pan y dio gracias a Dios delante de todos"* (Hechos 27:35), y todos se animaron a comer. Aún queda un último golpe: «Los soldados pensaron matar a los presos para que ninguno escapara a nado» (Hechos 27:42). Pero el centurión que antes ignoró a Pablo ahora lo protege, y todos llegan a tierra (Hechos 27:43-44). El plan de Dios puede ser atacado, pero siempre sigue adelante ¿Tiene algún paralelo este momento con tu vida?

En la isla de Malta aparece lo que nadie esperaba. *"Los isleños nos trataron con extraordinaria bondad. Encendieron una fogata y nos invitaron a acercarnos, porque estaba lloviendo y hacía frío".* (Hechos 28:2). Lucas los llama bárbaros en griego, y son los de afuera quienes muestran una bella hospitalidad. Luego llega una serpiente: *"una víbora que huía del calor se le prendió en la mano"* (Hechos 28:3). La gente necesita una explicación. Primero deciden que Pablo es un asesino y, cuando no muere, que es un dios (Hechos 28:4-6). A veces sin darnos cuenta, nosotros hacemos algo parecido. Una puerta se abre y creemos que Dios nos habla; una puerta se cierra y nos preguntamos qué quiere de nosotros. No está mal preguntarlo. El problema es que sea la única pregunta, porque así la fe se vuelve una forma sofisticada de hablar de nosotros mismos. No todo lo que ocurre es un mensaje personal.

Tres meses después, Pablo llega por fin a Roma. Los hermanos de la ciudad salen a su encuentro, y Pablo da gracias a Dios y se anima (Hechos 28:15). Otra vez Dios llegando primero: la Iglesia ya estaba allí. Llega al centro del mundo, pero encadenado, *"...a Pablo se le*

permitió tener su domicilio particular, con un soldado que lo custodiara" (Hechos 28:16). A los tres días reúne a los dirigentes judíos y les habla del reino de Dios desde la mañana hasta la tarde. Algunos creen, otros no, y se van sin ponerse de acuerdo (Hechos 28:23-25). No hay escena final de unanimidad... todo sigue sin resolverse.

Y el libro termina: *"Durante dos años completos permaneció Pablo en la casa que tenía alquilada y recibía a todos los que iban a verlo".* (Hechos 28:30). Lucas no dice si lo liberaron ni cómo murió. La pregunta que nos queda, ¿qué pasó con Pablo?, no es la que Lucas quiere responder. La última frase del libro es la que debemos recordar: "sin impedimento". Pablo estaba encadenado. El evangelio, no.

Festo resumió el evangelio después de ver a Pablo en un tribunal. Si alguien resumiera mi fe mirándome una semana, ¿qué diría?

Pablo estaba convencido, era sincero y estaba equivocado. ¿En qué parte de mi fe me apoyo más en mi opinión que en Cristo?

"No fui desobediente a esa visión celestial". ¿Mi encuentro con Cristo sigue dando evidencias hoy, o se volvió un recuerdo?

En la tormenta, un prisionero dio ánimo a doscientas setenta y seis personas. ¿A quién puedo fortalecer yo, aun en medio de mi tormenta?

Los isleños leyeron una víbora como un mensaje sobre Pablo. ¿Cuánto de lo que me pasa lo convierto en un mensaje sobre mí, sin preguntarme qué está haciendo Dios?

Hechos termina sin cerrar la historia de Pablo. ¿Espero que mi situación se resuelva para empezar a obedecer, o puedo servir mientras tanto?

Conclusión

Hechos 25 al 28 muestra a un prisionero que domina la escena sin tener ningún poder. Ante un gobernador, un rey, una nave que se hunde, una isla y la capital del Imperio, Pablo hace siempre lo mismo: dar testimonio de Cristo. Ni los tribunales ni Roma le dieron libertad, y nada detuvo la misión.

El patrón de Lucas vuelve a confirmarse: Dios llegó antes. Estaba en un gobernador que resumió la fe sin proponérselo, en la bondad de unos isleños, en un centurión que primero ignoró a Pablo y luego lo protegió, y en unos hermanos que salieron al camino a recibirlo. El Espíritu casi no es nombrado en estos capítulos, y sin embargo se nota en cada una de sus páginas.

El final abierto no es un descuido de Lucas, es la manera en que el libro nos pasa la posta. Hechos no cierra la historia con la biografía de un hombre, abre la de una obra que sigue fluyendo hasta nuestros días.



Querida iglesia: llegamos a la última página de Hechos y nos damos cuenta de que la historia no se cierra aquí.

Este libro comenzó con una promesa de Jesús: *"...recibirán poder y serán mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, hasta en los confines de la tierra".* (Hechos 1:8). Y lo vimos cumplirse en una Iglesia nacida entre llamas y asombro, comunidades que compartían el pan, una persecución que dispersó a los creyentes y los hizo sembrar el evangelio por todas partes. Vimos a un perseguidor derribado en el camino y convertido en apóstol, a un gentil bautizado, a una Antioquía levantada por anónimos y a misioneros enviados mientras la comunidad adoraba. Vimos concilios, puertas cerradas y puertas abiertas, una cárcel que tembló, ciudades enteras sacudidas. Y terminamos en una casa alquilada en Roma, con un hombre encadenado y un mensaje libre.

Detrás de cada escena trabajó la misma persona. El Espíritu Santo no siempre se hizo ver. A veces estuvo en el fuego, y otras en la bondad de un extraño, en un sobrino que avisó a tiempo, en un procónsul indiferente, en una promesa recibida de noche. Dios obra de maneras misteriosas.

Ahora te hago una pregunta personal: ¿dónde ha estado el Espíritu en tu historia? Piensa en el ánimo que llegó cuando ya no tenías fuerzas, en la persona que apareció justo a tiempo, en la puerta que se cerró para llevarte a otro lugar, en un hambre de Dios que no supiste de dónde salió. Ponles nombre a esas escenas y reconócelas como obra suya. Él no ha dejado de trabajar en ti.

Hechos creen tener solamente veintiocho capítulos escritos. El veintinueve lo estamos escribiendo ahora, y tú estás dentro. Que el Espíritu te encuentre disponible, atento y dispuesto a obedecer a sus palabras.




piebs